



# *La Madona de los coches cama*



MAURICE DEKOBRA

*Traducción del francés a cargo de  
Luisa Lucuix Venegas*



IMPEDIMENTA



Título original: *La Madone des Sleepings*

Primera edición en Impedimenta: septiembre de 2018

Copyright © Éditions Zulma, 2006

Copyright de la traducción © Luisa Lucuix Venegas, 2018

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2018

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

<http://www.impedimenta.es>

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel

Maquetación: Gabriel Regueiro

Corrección: Ane Zulaika y María Martínez

ISBN: 978-84-17115-88-3

Depósito Legal: M-24542-2018

IBIC: FA

Impresión: Kadmos

Compañía, 5. 37002, Salamanca

Impreso en España.

Impreso en papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

I

Lady Diana Wynham reposaba sus hermosas piernas, enfundadas en los husos etéreos de dos sedosas medias de 44 denieres, sobre un puf cuadrado de terciopelo color habano. Su busto quedaba oculto tras el parapeto blanco del *Times*, desplegado entre sus brazos desnudos. Sus piecitos se agitaban dentro de unos zapatos de brocado cereza y plata, amenazando el equilibrio de una taza Wedgwood auténtica, tangente a uno de los inquietos tobillos.

—¡Gérard! —exclamó—. Quiero cita con el *professor* Traurig.

Yo acababa de aplastar un terrón de azúcar con el reverso de una cucharita de oro que portaba el escudo de armas de los duques de Inverness. Entregado como estaba a la tarea de satisfacer los deseos de lady Diana, me alejé de los labios su terrible café, ese tan negro y tan amargo que sirven

en Londres en unas tazas más pequeñas que los huevos de chorlito.

—Vuestros deseos son órdenes para mí —respondí—. Telefonaré al Ritz.

—Os lo ruego, Gérard.

El teléfono se encontraba en el tocador, escondido en el interior de un armario vertical de puertas ojivales, ornamentadas como un misal. Ausculté el receptor, que me devolvió el estertor de la centralita. Me pusieron en comunicación.

—¿Hola? ¿Podría hablar con el profesor doctor Siegfried Traurig?... Señor profesor, el príncipe Séliman al aparato, secretario de lady Diana Wynham, que desea pedirle cita para una consulta urgente...

Me respondió una voz gutural:

—Recibiré a lady Wynham esta tarde, a las cuatro.

—Gracias, doctor.

Transmití el mensaje. Desde detrás del biombo de papel, emergieron el cabello rubio de lady Diana y su rostro de facciones puras y clásicas de diosa, si bien algo demacrado por los abusos de las veladas nocturnas en el *Ambassadeurs* o en el *Cyro's*. Una Diana cazadora cuya cierva, en realidad, era un arisco pequinés de enormes ojos de besugo muerto y cráneo de cretino diminuto y aplastado. Pero ¿para qué describir la belleza de lady Diana si cualquiera que abra el *Tatler* o el *Bystander* puede apreciarla con sus propios ojos? Las revistas de sociedad publican fotografías artísticas de lady Diana Wynham todos los meses: jugando al golf, besando el morro de un becerro de seis semanas, conduciendo un Rolls-Royce, cazando el urogallo en los páramos de Escocia o con un suéter blanco, de paseo por las terrazas de Montecarlo.

Suele decirse en París que, cuando una británica es guapa, es que es muy guapa. Lady Diana no contradice en absoluto este truismo estético. Digamos que esta madona prerrafaelita, que habría hecho las delicias del señor John Ruskin, les resulta muy hermosa a todos los que aman los rostros ligeramente alargados, los labios sensuales y el azul límpido y embaucador de unos grandes ojos claros festoneados de tupidas pestañas.

—Vendréis conmigo, ¿verdad, Gérard? —me rogó—. ¡Decidme que sí! Para mí es fundamental que asistáis a mi cita con Traurig porque, si voy a ver a ese neurólogo eminente, es por una razón importante. Acabo de leer en el *Times* un artículo sobre sus teorías. No me he enterado de nada... Gérard, explicádmelas. Seríais un amor.

¡Explicar las ideas de Traurig! Y ya puestos, ¿por qué no desentrañar los orígenes panteísticos de la *Batracomiomaquia* o demostrar el proceso de la intuición espacial con las piezas desordenadas de un mahjong? Competidor de Freud, el afamado doctor Siegfried Traurig lleva varios años dando que hablar en los cenáculos europeos dedicados a estudiar el *yo* a través del escoplo de la introspección y a cincelar los elementos de la voluntad con la garlopa del análisis psicopático. Hay quien lo cuestiona. Hay quien lo imita. Lo ridiculizan y lo admiran a partes iguales.

—Lady Diana —repliqué modestamente—, dentro de unas horas, el profesor se encargará de ello mucho mejor que un servidor. Le mostraréis vuestra alma desnuda, y él tomará la tensión arterial de vuestros impulsos y la temperatura de vuestro subconsciente.

—¿Por dónde se entra en el subconsciente?

—¿Cómo, lady Diana?

—Me refiero al orificio natural por el que se accede al *yo*.

—Por un ojal moral, si me lo permite... Por la boquilla invisible que ocluye el globo de vuestra personalidad.

Aquello hizo reír a lady Diana con una risa armoniosa en mi natural, compuesta por una negra con puntillo y un arpegio ascendente. De hecho, la hilaridad de esta hermosa escocesa es uno de sus encantos más fascinantes. Mientras que ciertas mujeres nos resultan irresistiblemente deseables en medio de una crisis de llanto porque sus lágrimas actúan como un afrodisiaco, me imagino que cualquier diletante decuplicaría el voltaje de sus placeres si supiera hacer reír a lady Diana en el momento preciso. Digo «me imagino» porque yo no he tenido el placer de probar ese falso paraíso. Llevo cinco meses trabajando como secretario de esta importante dama. Comparto su vida privada. Pero no he franqueado jamás el umbral de su alcoba. Si alguna vez, antes de dormir, le he leído ciertas páginas de Chateaubriand, los versos obscenos de Lord Byron o la prosa picante del difunto señor Jean Lorrain, siempre ha sido sin pasar a ilustrar esas lecturas con demostraciones concomitantes ni buscar el epílogo de los capítulos abordados bajo el lino blasonado de sus sábanas.

A las cuatro en punto, tras esperar cinco minutos en uno de los salones del Ritz, nos recibió un anciano vestido de negro que se presentó al tiempo que entrechocaba los talones e inclinaba la cabeza 45°.

—Doctor Funkelwitz, señora —dijo con un fuerte acento alemán—. Soy el primer asistente del maestro. Ha podido reservarle una hora y la recibirá en unos instantes.

—Gracias, caballero —dijo lady Diana—. Son ciertos, entonces, los rumores de que el profesor Traurig está muy ocupado desde que se halla en Londres...

—Así es, milady... Ahora mismo acaban de salir de su gabinete dos princesas de la familia real. Esta noche recibirá al señor Lloyd George. Mañana por la mañana, nos visitarán Marie Tempest, el virrey de las Indias y el señor Charlie Chaplin.

El doctor Funkelwitz enumeraba con orgullo los nombres de aquellas celebridades. Sus palabras fueron interrumpidas por un timbre. Desapareció. Me volví hacia lady Diana y murmuré:

—Ni que estuviéramos en el Barnum...

—¡Gérard! ¡Sois verdaderamente cruel! ¡No respetáis siquiera las reputaciones mejor asentadas!

—Sobre todo cuando se asientan en un inodoro.

El anciano vestido de negro reapareció y nos hizo un gesto para que lo siguiéramos. Pasamos a un salón de color botón de oro, en medio del cual se erguía, inmóvil, el famoso profesor, sentado a una mesa atestada de papeles y libros.

Nunca había visto ningún retrato de Siegfried Traurig. En mi cabeza, le había atribuido la silueta medieval de un nigromante. No me habría sorprendido que nos hubiera recibido vestido con una túnica de seda constelada de estrellas y de las ecuaciones de la cábala. Pero la imaginación es la liebre que se esfuma ante el galgo de la inteligencia. Y me decepcionó un poco no encontrarme a Siegfried Traurig rodeado de gatos hieráticos ante un pebetero repleto de ortigas, esperma coagulado y sangre de batracios.

Este antiguo *Privatdozent* de la Universidad de Jena es, sin embargo, un personaje de una radioactividad imponente.

Tiene el cabello gris, erizado como las cerdas de un escobón sobre una frente despejada pero surcada de arrugas. Bajo la espesa maraña de sus cejas oblicuas, su mirada es imposible de olvidar. Un Mefistófeles, en definitiva, al que hubiera vestido un sastre de Sackville Street. Alto, delgado como un asceta y bien rasurado. De labios finos bajo una nariz aguilena. Se expresa perfectamente tanto en francés como en inglés y alemán.

Tras las cortesías de rigor, nos hizo entrar en su gabinete, situado en una salita que me habría parecido banal de no ser por un singular aparato eléctrico que enseguida llamó mi atención.

La consulta iba a comenzar. El profesor Traurig se me quedó mirando. Comprendí el significado de aquella mirada, y ya me disponía a retirarme cuando lady Diana me detuvo con un gesto.

—No, no... Deseo que el príncipe se quede... No tengo secretos para él.

El erudito psiquiatra asintió con una inclinación y le ofreció una butaca a su hermosa paciente, aguardando a que se decidiera a exponerle su caso.

—Doctor —comenzó lady Diana—, aunque soy demasiado ignorante para apreciar sus famosos trabajos, sus extraordinarias teorías me tienen seducida, sobre todo las que se refieren a la voluntad, la sexualidad y las degeneraciones. No acudo a su eminencia, pues, en calidad de enferma propiamente dicha, sino de mujer con buena salud que desea que la ayudéis a dilucidar un asunto que la perturba. Se trata de un sueño extraño, un sueño que me atormenta y me preocupa.

—Por supuesto, lady Wynham. Pero, antes de que continúe, permítame confirmar con usted la exactitud de los



detalles que poseo acerca de su personalidad. —El profesor abrió un cajón, extrajo una hoja de papel y la desplegó. Como lady Diana parecía intrigada, le explicó—: Nunca paso ninguna consulta sin antes recibir de alguno de mis secretarios las correspondientes notas de rigor sobre mi paciente. He aquí, señora, lo que contiene la suya. Corríjame si procede: «Lady Diana Mary Dorothea Wynham, nacida en Glensloy Castle (Escocia) el 24 de abril de 1897, hija única del duque de Inverness. Educación deportiva en el Salisbury College. Casada en 1916 con Ralph Edward Timothy, lord Wynham, G. C. B., K. C. M. G., K. C. V. O.,<sup>1</sup> antiguo embajador de S. M. británica en Rusia. Matrimonio de conveniencia. Fidelidad de corta duración por parte de lady Wynham». —Aquí, el profesor se interrumpió—. Desea rectificar, ¿no es así? —afirmó con una cortesía glacial.

Pero lady Diana no hizo ninguna objeción.

—Es totalmente exacto —confirmó, y sacó un cigarrillo ambarino de su pitillera de platino con monograma de diamantes.

—Entonces, continuó —resolvió el profesor inclinando la cabeza—. «Los sucesivos amantes de lady Wynham han sido, por orden cronológico, lord Howard de Wallpen, duque de Massignac, secretario de la Embajada; George

1. *Knight Grand Cross of the Bath*, G. C. B. por sus siglas en inglés, «Caballero Gran Cruz de la Orden del Baño»; *Knight Commander of the Order of St Michael and St George*, K. C. M. G. por sus siglas en inglés, «Caballero Comendador de la Orden de San Miguel y San Jorge»; *Knight Commander of the Royal Victorian Order*, K. C. V. O. por sus siglas en inglés, «Caballero Comendador de la Real Orden Victoriana». (*Todas las notas son de la traductora.*)

Wobbly, el cantante de revista; el señor Somerset Wiffle, M. P.,<sup>2</sup> y Leo Tito, el bailarín del Ambassadeurs...»

—Disculpe, doctor —lo interrumpió lady Diana, que acababa de lanzar una cerilla apagada a la chimenea—, Leo Tito y George Wobbly fueron mis amantes al mismo tiempo —corrigió simplemente.

El profesor Traurig asintió.

—Deberían haberlos metido entre corchetes —dijo, y retomó la lectura más adelante—: «... y otros amores pasajeros, efímeros y anónimos cuya identidad no podemos precisar».

Lady Diana asintió de nuevo.

—Yo tampoco, de hecho... ¿Eso es todo, doctor?

—No, señora. Todavía quedan algunas líneas de orden psíquico. Dicen así: «Aunque lady Wynham haya experimentado con la morfina y el opio alguna que otra vez, no es ninguna adicta, sino una buscadora de nuevas sensaciones (de las que habría que excluir el safismo) de actividad intermitente. Sin tendencia alguna al misticismo religioso. De ambición desmesurada».

El profesor plegó su hoja de papel.

—Todos esos detalles son ciertos, doctor —intervino entonces lady Diana—. Tiene usted ahí una idea bastante precisa de mi persona. Ni estoy medio loca ni soy ninguna ninfómana. Vivo la vida como una mujer emancipada que, ya en su pubertad, se liberó de las cadenas de la hipocresía propia de sus compatriotas.

El profesor se había puesto de pie. Con las manos cruzadas a la espalda, caminaba de un lado a otro de la chimenea.

2. *Member of Parliament*, M. P. por sus siglas en inglés, «Miembro del Parlamento».

Empezó su interrogatorio. Fue un cuestionario preciso, sembrado de palabras crudas y detalles íntimos que enunció con gravedad, sin segundas intenciones ni sobreentendidos licenciosos. Abordaba la sexualidad desde su posición de hombre de ciencia, doblegado por la rigurosidad de la metodología germánica.

—Lady Wynham, ¿a qué edad fue desflorada?

—A los diecinueve años, por mi marido.

—¿Tuvo una sexualidad infantil muy desarrollada?

—A partir de los trece años, sí. Sentía curiosidad... Solía leer...

—No. Me refero a su infancia. Por ejemplo, hacia los cinco o seis años, ¿sentía ya algún tipo de placer embrionario cada vez que un hombre la hacía brincar sobre sus rodillas?

—En absoluto.

—Bien... Seguro que, antes de que se entregara a su legítimo esposo, ya había ofrecido el Stradivarius de su sensibilidad al arco de sus cortesanos, ¿verdad?

—Así es. Tuve algunas aventuras que llegaron bastante lejos... No obstante, sin consumir el acto final.

—¿Tiene zonas erógenas hipersensibles?

—Las mismas que todas las mujeres, doctor.

—¿Ninguna reacción delectable, por ejemplo, cuando la muerden?

—Sí. Me encanta que me muerdan, doctor. Pero, para mí, no es más que..., ¿cómo decirlo? El pequeño aperitivo que uno mordisquea cuando pasa junto al bufé de la Voluptuosidad.

—¿A qué edad se entregó por vez primera a los placeres solitarios?

—Alrededor de los doce años.

El profesor Traurig escrutaba a lady Wynham con sus ojos de color gris acero. Yo me sentía al mismo tiempo divertido y un poco incómodo por aquella sorprendente confesión que no parecía avergonzar lo más mínimo a lady Diana. Reclinada en el sillón, con las piernas cruzadas bajo las maravillosas pieles de su abrigo de marta cibelina, contestaba a las preguntas sin rubor aparente, como si se tratara de un galanteo de salón.

—A partir de aquel momento —continuó el psiquiatra—, ¿experimentó lo que yo llamo una simbiosis *onanígena*?

—¿Cómo dice, doctor?

—La simbiosis, milady —precisó el maestro deteniéndose delante de la chimenea—, es el estado de equilibrio de dos coloides adversos que se acostumbran el uno al otro. Toda enfermedad crónica es una suerte de simbiosis... Voy a citarle un ejemplo que le permitirá entenderlo mejor. Algunas orquídeas se desarrollan bajo la acción de ciertos champiñones endófitos. Decimos entonces que es un caso de simbiosis entre vegetales.

—¿Debo deducir, doctor, que compara mi corola con este tipo de orquídea y mi dedo índice con el champiñón?

—Más o menos... La simbiosis en cuestión se traduce en la mujer por una propensión a las satisfacciones en solitario. Juega un papel muy importante en la evolución de su carácter, de sus gustos y de su voluntad.

—En lo que a mí respecta, confieso que *simbiosaba*... a falta de algo mejor. En cualquier caso, puedo decir que siempre he preferido la colaboración de un compañero a los decepcionantes placeres del narcisismo, y que el sueño que tuve la otra noche...

Pero el profesor interrumpió a su paciente con un gesto autoritario.

—A su debido momento, milady. Empiezo a percibir su psique con algo más de claridad... Ahora necesitaría que, antes de narrarme ese sueño, me permitiera realizar el análisis espectral de sus reacciones durante el orgasmo.

—¿Cómo dice, doctor?

—Me explico. Quizá haya oído hablar del análisis espectral de los rayos luminosos, el cual nos ha ayudado a descubrir los distintos cuerpos simples de los que están compuestos los astros del cielo. La posición de las líneas oscuras en el espectro de uno de estos rayos nos permite comprobar si hay hidrógeno en Aldebarán o potasio en la estrella Vega de la constelación de la Lira. He aplicado el mismo procedimiento al estudio de las particularidades de cada individuo. Este análisis me permite obtener deducciones muy útiles sobre su carácter. Pero, para que un análisis dé buenos resultados, tiene que romperse el equilibrio eléctrico de los coloides, y la mejor manera de obtener esta ruptura es observar al sujeto durante los breves instantes que dura la satisfacción sexual.

—Lo entiendo, doctor.

—Debe, pues, lady Wynham, acceder a colocarse delante de la placa de este aparato de radiografías que yo mismo he perfeccionado y que me permitirá realizar, por medio de los rayos Roentgen, el análisis espectral de sus reacciones íntimas.

—Ya veo, doctor, ya veo. —Y añadió sonriendo—: Veo que tiene el aparato, pero que no proporciona el estímulo.

El profesor Traurig no admitía broma alguna respecto a la ciencia, y replicó con severidad:

—A usted le corresponde, lady Wynham, elegir el modo de desencadenarlo.

En cuanto el maestro accionó el timbre, entró el asistente. Detrás del aparato de radiografías, este levantó una especie de cabina portátil, fabricada con mamparas yuxtapuestas de tela negra, y desapareció en su escondrijo improvisado.

—Y ahora, lady Wynham —ordenó el profesor Traurig—, bastará con que dé rienda suelta a su emoción sexual entre esta bombilla y esta placa de vidrio. La avisaré en cuanto hayamos terminado.

El maestro desapareció a su vez dentro de la cabina negra y el salón quedó en silencio, salvo por el crepitar amortiguado del radiómetro de Crookes.

Lady Diana se volvió hacia mí con una sonrisa irónica.

—Mi querido Gérard —me susurró—, hemos de abrir el conmutador de mis emociones, como dice el maestro... ¿Puedo contar con vos?

Confieso que jamás me había visto en una situación más barroca. Mi posición social es de las que exigen una gran circunspección. Durante los cinco meses que lady Diana llevaba honrándome con su confianza, siempre había tenido cuidado de no exponerme a las maledicencias del mundo dándole un giro desafortunado a nuestra intimidad. Príncipe arruinado, pero hombre honesto, sin embargo, no me agradaría que lady Diana me firmara cheques en el umbral de su alcoba. Le rindo mis servicios sin retribución. Sería indecoroso que hubiera de valorar en libras esterlinas el precio de mis caricias. Digan lo que digan los malpensados, sobre nosotros no planea ningún equívoco: ni gestos dudosos, ni miradas cómplices, ni roces imprecisos ni sobreentendidos licenciosos.

—Lady Diana —murmuré a mi vez—, en honor a la ciencia, estoy dispuesto a violar mis normas de conducta. ¿Queréis que os bese en los labios delante de la bombilla mágica?, ¿que os acaricie la piel satinada con la cinta de plumón de cisne de vuestro sombrero cloche? Si pensáis en Leo Tito o en Somerset Wiffle, quizá ofrezcáis al profesor un bello análisis espectral...

—¡Gérard! ¡Nunca os tomáis nada en serio! —protestó lady Diana.

Y, antes de que pudiera darme cuenta, me arrastró hasta colocarme delante de la placa de vidrio esmerilado y me abrazó sin previo aviso con sus dúctiles brazos, apretándose contra mi cuerpo al tiempo que posaba sobre mi boca la flor viva de sus labios. Muy a mi pesar, me recordó el beso simbólico de una planta selvática, de una planta fantástica cuyas lianas me hubieran atrapado y cuya flor maravillosa me aspirara la vida. Embriagado por aquel abrazo imprevisto, aturdido por un placer que casi me hacía lamentar no haberlo probado antes, le devolví el beso y estreché con más fuerza aquel cuerpo delgado y cimbreante. Estaba sin duda a punto de ponerme a murmurar palabras inútiles cuando una voz brusca rompió el encanto.

—¡Alto!

Venía de la cabina negra, brutal como la orden de un *Oberleutnant* en el campo de maniobras de Tempelhof. Lady Diana deshizo el abrazo. Yo me esforcé en volver a la realidad. El profesor Traurig salió de su cubículo de tela.

—Gracias, lady Wynham —dijo sencillamente—. El doctor Funkelwitz le entregará luego los resultados de su análisis. En cuanto a mí, ahora dispongo de más información sobre las sorpresas, las reacciones y los sobresaltos de su

inconsciente. Entre otros pormenores, puedo decirle que, desde su juventud, ha estado reprimiendo sin darse cuenta una necesidad de riqueza, de poder, de absolutismo... Sufre la neurosis de la perfección. Busca lo inencontrable, como Cristóbal Colón: con gusto emprendería la vuelta al mundo de las pasiones para descubrir una América poblada de superhombres dispensadores de sensaciones y placeres sin fin. Ahora, lady Wynham, siéntese de nuevo en este sillón y cuénteme el sueño que la ha traído aquí.

Lady Diana obedeció la invitación del profesor —¿acaso era posible oponerse a los ucases de aquel psiquiatra tirano?— y comenzó en estos términos:

—Debo decirle primero, doctor, que normalmente mis sueños carecen de interés. Al igual que todas las mujeres, sueño bastante a menudo. Suele tratarse de extravagantes pesadillas o de evocaciones eróticas. Sin embargo, no consigo olvidarme del sueño que tuve anoche porque encierra una suerte de lógica en el encadenamiento de sus escenas que me hace atribuirle un valor premonitorio. Me hallaba, y no sé cómo, en medio de un paisaje rojo..., completamente rojo, para ser exacta. La tierra, la hierba, los árboles y sus hojas eran de un vivo color rojo. Apenas conseguía avanzar, porque tenía los tobillos trabados en... una cadena o una cuerda que un hombrecillo, también rojo, sujetaba a mis espaldas. Era más pequeño que un enano; un verdadero liliputiense, de un pie de altura quizá. Su jefe, ovalado como un huevo, iba tocado con un gorro frigio y, ¡qué horrible detalle!, de su cinturón, colgaban, cual guirnalda, cinco o seis cabezas cortadas. Yo caminaba con dificultad sobre el polvo carmín del camino y, cada vez que trataba de detenerme, un pinchazo de alfiler en las pantorrillas me lo impedía, obligándome a proseguir con



mi calvario. De repente, apareció ante mí un palacio de cristal, del tamaño de una casita de muñecas. Un palacio transparente como un bocal, de torres minúsculas y puertas tan diminutas como nidales de un palomar. Tras las murallas de vidrio había unos seres que no alcanzaba a ver hablando en una lengua desconocida, y aquella algarabía de voces agudas me recordó el gorjeo de veinte cacatúas tras los barrotes de una pajarera. El hombrecito rojo me ordenó entrar en el palacio. Pero ¿cómo entrar por aquella puerta tan estrecha? Introduje la mano, luego la muñeca, el brazo hasta el hombro. Me esforcé desesperadamente por llegar más lejos, ¡lloraba de desesperación!, y el hombrecito rojo me acribillaba a pinchazos. De repente, innumerables manitas de tití me aferraron la mano izquierda, la que tenía dentro del palacio de cristal, tirándome de los dedos hasta casi arrancármelos. Por último, y este es un detalle que tardaré mucho en olvidar: sentí que me deslizaban un anillo en el anular, un anillo redondo y liso, sin ornamentos, mientras que, al mismo tiempo, unos labios invisibles posaban un beso en la misma mano. Todavía siento escalofríos cuando recuerdo aquel beso invisible, goloso, perentorio..., un beso que me provocó repulsión y placer al mismo tiempo. En aquel momento, debí de emitir una especie de quejido, porque me desperté sobresaltada y me extrañó mucho encontrarme junto a la cabecera de mi cama a mi criada, que se había levantado. Le pregunté qué estaba haciendo allí y me respondió que la había sorprendido que estuviera sola en la cama, teniendo en cuenta las modulaciones del grito que acababa de emitir. La eché de allí, me quedé dormida y aquella noche no volví a soñar más... Ya ve, doctor, la pesadilla que me obsesiona. Soy un poco supersticiosa. Me preocupa. Quisiera conocer su opinión.

El profesor Traurig había escuchado escrupulosamente a su paciente. Tomó entonces la palabra.

—Lady Wynham, desde que Aristóteles estudiara por primera vez el valor psicológico de los sueños, numerosos sabios de todas las épocas lo han imitado. Para unos se trata únicamente de reacciones vegetativas. Otros los atribuyen a causas psicopáticas más o menos plausibles. Yo, por mi parte, me contento con averiguar, en primer lugar, si un sueño concreto se debe a excitaciones cutáneo-motrices o si se trata únicamente de la realización camuflada de un deseo reprimido... En el caso que nos interesa, encuentro en su pesadilla una alteración del sentido de la vista, puesto que veía de color rojo lo que normalmente es verde. Puede deberse a una causa puramente accidental, como la irritación producida por el encaje de la almohada al rozarse contra su párpado.

—Duermo sin almohadas, doctor. Al despertar, me las encuentro siempre sobre la alfombra, bajo la cama o detrás de la mesilla.

—Su sueño presenta también una alteración de las dimensiones normales. Ese encogimiento del mundo exterior puede deberse a que estuviera durmiendo con un camisón demasiado estrecho.

—Doctor —observó lady Diana con una sonrisa imperceptible—, no utilizo camisón para dormir. En invierno duermo en pijama, sin el pantalón; y, en verano, completamente desnuda.

Las respuestas de lady Diana no parecieron alterar en absoluto la serenidad metódica del ilustre profesor.

—Observo, por último, en su alucinación erótica, en ese beso invisible y turbador —continuó este—, una excitación

fortuita, debida sin duda al recuerdo de algún placer sensual experimentado la víspera.

—Eso es imposible, doctor, puesto que soy rigurosamente casta desde el pasado 7 de marzo, día de mi último encuentro a solas con el señor Somerset Wiffle, tras las cortinillas corridas de mi limusina, entre el palacio de Westminster y su mansión de Hampton Court.

—En ese caso, su sensación onírica pudo deberse, igualmente, a un deseo causado por esta continencia prolongada.

El profesor Traurig tenía una respuesta para todo. Pero sus explicaciones no parecían satisfacer a lady Diana, que, con un gesto de impaciencia, le preguntó:

—En fin, doctor, me gustaría saber el significado de mi sueño. Le agradezco que intente desentrañar las causas científicas, pero lo que me interesa es conocer su significado respecto a mi futuro y a...

El silencio del profesor Traurig era de mal augurio. Se levantó y posó su imperiosa mirada sobre la paciente. Introdujo sus huesudas manos en los bolsillos de su pantalón y, con supremo sarcasmo y una voz lacónica, vituperante, le espetó:

—Se ha equivocado de puerta, lady Wynham. Para conocer el futuro a través de los sueños, mejor haría dirigiéndose a los innumerables charlatanes que colaboran con la *Clef des Songes*<sup>3</sup> para regocijo de las modistas celosas, los burgueses románticos y las viudas ricas en plena menopausia... —El profesor Traurig tocó el timbre y añadió

3. Probablemente, el doctor esté refiriéndose a los manuales cartománticos destinados a la interpretación de los sueños que se publicaban en la época bajo este título —literalmente, «La clave de los sueños»—, y variantes similares.

despidiéndose—: Mis respetos, lady Wynham. El doctor Funkelwitz la acompañará hasta la puerta y le entregará su análisis espectral.

—¡Menudo bruto! —observó ella apenas recuperada de su asombro.

Lady Diana y yo atravesamos el salón botón de oro.

—Es un importante erudito —señalé—. Lo habéis tomado por un sonámbulo extralúcido.

—Tonterías, Gérard... ¿Le pagaréis la consulta al viejo?

—Sí.

El doctor Funkelwitz apareció y entregó a lady Diana un sobre que contenía una prueba radiográfica y una nota escrita a mano. Le pregunté discretamente si podía entregarle el importe de la consulta del maestro.

—Por supuesto, señor —asintió.

—¿Cuánto es?

—Cinco mil francos franceses, o doscientos cincuenta dólares o sesenta y cinco libras inglesas.

Rellené un cheque —poseía un talonario de cheques en blanco ya firmados por lady Diana— y se lo tendí. Dos minutos después, sentado junto a mi acompañante en su cabriolé amarillo huevo, abrí el sobre y leí con curiosidad el análisis de nuestro fugitivo estremecimiento. Ella se inclinó hacia mí, recorrió de arriba abajo con sus impertinentes la banda de tonos grises alternos del espectro fotografiado y exclamó riéndose:

—¡Ese es vuestro beso, Gérard! ¡Parece la banda de un sombrero destemplada por una tormental!

Señalé las líneas oscuras que se apreciaban entre las zonas claras.

—Aquí, lady Diana, flaqueasteis... Aquí, sin embargo,

vuestro potencial voluptuoso dio más de sí. ¡Un tipo sorprendente, ese profesor Traurig! Enséñeme su espectro y le diré quién es.

Bromeaba para expulsar de mi recuerdo la deleitable impresión que me había dejado el beso de lady Diana. Pero no contaba con su intuición.

—Parecéis un poco turbado, Gérard... ¿Por qué?

—¡Ay, mi querida lady Diana! ¿Os ha pasado alguna vez estar probando un sabroso aperitivo y que un mayordomo burlón os lo retire del plato antes de tiempo? Me siento como ese desafortunado comensal.

—Si lo he entendido bien, Gérard, os habría gustado que mi análisis tuviera cien metros de largo.

—¡Diréis seis leguas marinas!

—¿Qué es lo que os impide dilatarlo?

—Mi *self-respect*.

Lady Diana me miró sin decir nada. Un fulgor naranja se escapaba de entre sus párpados medio abiertos. De repente, giró la cabeza hacia la ventanilla.

—Seréis un *gentleman* —declaró—, pero no por ello sois menos imbécil, porque a mí tampoco me gusta quedarme con la miel en los labios. Esta tarde saldré a terminarme el postre.

—¿George Wobbly? ¿Leo Tito? ¿Somerset Wiffle?

—Ya veremos...